

que los portales de los nuevos edificios que querían implantarse ocultaban la miseria de siempre, las barbas de los nuevos vecinos no respondían a lo que el conservadurismo interesado les explicaba. Y comenzaron a abrirse chiringuitos, cafetines y tertulias que agrupaban a los malasañeros y a cuantos en el resto de Madrid optaban por vivir a gusto. Acudir al barrio de Maravillas era —y sigue siendo— una cita obligada para quienes no encuentran en las otras calles de los semáforos y los pasajes subterráneos la mínima cordialidad necesaria para la supervivencia. Será difícil que quien pase por las calles de Malasaña no recupere al viejo amigo olvidado o improvise una amistad nueva. "Somos como un pueblo —dicen los del barrio, a quienes no es difícil descubrir una inagotable pasión por sus cosas—. Se han abierto muchos nuevos locales sin destruir absolutamente nada; al contrario, hemos conservado, reformado, mejorado". Y es cierto que el barrio de Malasaña ha modificado parte de su apariencia en una afortunada asimilación de su personalidad anterior. Junto a los zapateros a medida, los ceramistas, los carpinteros

## La torre de San Dimas

ALVARO POMBO (\*)

**L**a torre de San Dimas no resplandecía ya y no verdeaba. Era la última silueta de la tarde. Era la última tarde. "Es la última vez que veo San Dimas" —pensó Sanz—. Las ambulancias, el alarido centelleante de los coches de la Policía no se oían ahora. Una "lechera" cruzó ante Sanz y velozmente se perdió hondón abajo, hacia Gran Vía. Sanz llevaba largo rato ahí, parado en el cruce de San Bernardo y Malasaña. Brillante, árido, bien templado, el cielo irrestañable realizaba la torre en negro como en una fotografía. "Parece una fotografía de la silueta de una torre inverosímil contra un cielo de acero que no refleja nada, que no significa nada" —pensó Sanz—. *Accende lumen sensibus* —dijo Sanz en voz alta—. Un muchacho que pasaba le miró sorprendido. ¿Soy yo quien recuerda la época en que habla que ir con chaqueta y corbata por las calles? ¿Soy yo quien recuerda la cartilla maquilera, o es sólo algo que he oído contar, algo que he leído? *Accende lumen sensibus*. Toda la luz restante agigantaba, encuadraba, la torre de San Dimas. Desquiciado como estaba, Sanz pensó que quizá era justo al revés, que quizá era la

torre más bien que el firmamento quien trampeaba con el creciente borde de la noche. "Esa torre es la verdadera linde de la noche" —pensó Sanz—. Y tuvo que cerrar los ojos para persuadirse a sí mismo que estaba viendo lo que vela y no inventándolo. De verdad parecía que todo lo sucedido en poco más de seis meses, desde el pasado mes de julio hasta la fecha, era repetición monódica de una plegaria incomprensible: *Infunde amorem cordibus/accende lumen sensibus/infunde amorem cordibus*. Lentamente la torre de San Dimas hacía que la noche fuera comenzando, goteante y tenaz, lento-rápido ritmo, enunciando signos sinuosos. Como en una fotografía, inmovilizada y fértil a la vez, San Dimas parecía tener la noche a raya, recaudada, en vilo, en la contagiosa celda inquietante del iris del poniente. ¿Soy yo quien recuerda toda la vida y muerte que ha tenido lugar bajo esta torre? "Un símbolo es un símbolo" —pensó Sanz, abriendo los ojos llenos de lágrimas—. "es un símbolo, reticente como todos los símbolos". Sin embargo, la elaborada cruz final, el crucifijo de la fotografía en negro no se prestaba a equívoco ninguno. "Esta



torre es el verdadero resumen" —dijo Sanz en voz alta—. ■ Foto: JUAN A. DEL RIVERO.

(\*) "La torre de San Dimas" es el fragmento "4 (23)" de la novela "El Rey", que actualmente escribe Alvaro Pombo. Pombo es autor de los libros "Protocolos", poesía, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973; "Variaciones", poesía, Lumen, Barcelona, 1978. Premio El Bardo, 1977; "Sobre la falta de substancia", relatos, La Gaya Ciencia, Barcelona, 1977 y "El parecido", novela, La Gaya Ciencia, Barcelona, 1979. Sobre Alvaro Pombo puede verse el trabajo: "Escritor de los ochenta", Silvestre Codac, TRIUNFO, núm. 886.



Monumento a Daoiz y Velarde en la plaza del Dos de Mayo, corazón del barrio de Malasaña.

en muchos casos, gente muy joven que ha optado por este oficio antes que por una oficina, una corbata y una cartera de ejecutivo), a las librerías especializadas en macrobiótica, ecología y orientalismo, a las tiendas donde

fabrican tocadiscos realmente baratos, a los telares, las sastrerías y tahonas, se han inaugurado lugares donde la reunión es posible y puede encontrarse con bebidas de frutas naturales, buen "chocolate", pubs ambien-

tados por un piano o una orquesta, recitales de poesía o conciertos de jazz que muchas veces improvisan los propios clientes. Dentro del barrio, pero un poco más allá de la plaza del Dos de Mayo, se encuentran también al-

gunos bares gays entremezclados con las tabernas donde comer bien es aún barato y posible.

Una nueva sensación de libertad fue apoderándose de Malasaña, pero sin que, desde la sombra, la especulación olvidara su proyecto de victoria; no tardó tampoco en hacerse oír el grito de la reacción, atormentada ante la idea de que la gente pudiera ser feliz a su aire, empeñada en que detrás de una sonrisa hay siempre un enemigo público, escandalizada exageradamente ante la excesiva libertad del barrio. Hizo su aparición violenta, cruel y hasta asesina. ¿Era una nueva faceta de los especuladores? Pregunta que muchos habitantes de Malasaña (desde entonces ya, más de mala saña que maravillas) se hacen todavía por no caer en la ingenuidad de que la verdad es sólo la apariencia.

"En el setenta y seis inaugurábamos las fiestas del barrio, que entendimos había que organizar desde abajo, desde nosotros mismos. Fueron un éxito. Atraieron a toda la gente viva de Madrid. ¡Qué alegría! ¡Cómo vibrábamos! Decenas de representaciones teatrales, de conciertos, de espectáculos... Pero eso fue en el setenta y seis. En las del año siguiente, la Policía cargaba sin